

## "SOLO UN SUEÑO"

**H**e soñado que vivía en una isla llena de árboles altos y frondosos de los que brotaban unos frutos grandes y jugosos. Estaba llena de pájaros que cantaban una sinfonía de paz y felicidad. El cielo era azul. Las gentes vestían con pieles, sus pies se cubrían de algo parecido a unos botines cubiertos de piel, también. Estas gentes vivían en tribus y tenían como leyes unos ritos y costumbres que no eran establecidos sino que habían sido creados por los gigantescos pasos generacionales o por el destino. Esto nadie lo sabía.

Las costas de esta isla estaban bañadas por un mar transparente, límpido y azul, que a su vez era coronado por una arena fina y dorada. Estas gentes podían ser llamadas primitivas, pero yo me pregunto, ¿qué es ser primitivo? se puede llamar primitivo a un pueblo que tiene sus propias costumbres, religión, comida e incluso su propio modo de vestir?.

En mi sueño vivía en una cueva, dormía en el suelo arropada con unas pieles, las paredes estaban cubiertas con unos huesos de los que estaba orgullosa. En el centro del recinto había una hoguera que durante la noche calentaba a los habitantes de la cueva. Recuerdo que al despertarme por la mañana me dirigía al río y sin pudor alguno me despojaba de las pieles y en sus límpidas aguas me bañaba. Al salir, volvía a vestirme y me dirigía al hogar. Mientras regresaba recogía algunas flores por el camino y con ellas adornaba mi pelo, a veces encontraba en mi camino algún cervatillo que me permitía acariciarlo o cualquier otro animal que en lo que llaman civilización, denominarían salvaje. Al llegar a la cueva me sentaba en el suelo y allí alrededor de la fogata tomábamos todos una taza de leche de cabra recién ordeñada y comíamos el cereal a modo de grano, como las aves, compartiendo nuestra comida con todo el que por allí pasase, animal u hombre. Una vez terminada la comida iba en busca de frutos frescos y jugosos para el almuerzo, mientras mis hermanos y todos los hombres de la tribu se preparaban para ir de caza ya que era el último día de la semana y ese día era de fiesta para todos.

Mientras los hombres cazaban, las mujeres cogíamos flores con las que adornábamos nuestros cuerpos y nuestros hogares. Todos colaborábamos en la organización de la fiesta. Unos traían flores, otros frutos, y allí sobre un gran manto verde que cubría el suelo preparábamos el gran festín. Todo era alegría y expectación, hasta que por fin aparecían los hombres con un enorme animal cargado entre todos. Venían sudorosos y orgullosos por el trabajo realizado, y mientras ellos iban al río a bañarse y perfumarse para la gran fiesta, de nuevo comenzaba la colaboración de las mujeres al preparar el gran animal para convertirlo en el codiciado manjar para el festín.

Y por fin llega la hora deseada y esperada por todos, comienza la fiesta y todos empezamos a reír, a bailar y a disfrutar de una noche apacible, hermosa y feliz. Todos disfrutaban, hombres, mujeres, niños e incluso los ancianos bailan al son de las notas musicales que desprende un instrumento pequeño y de cuerda que toca un joven isleño.

Algunas mujeres cantan las alegres endechas que cuentan las historias familiares y ya inolvidables de sus antepasados. Y así, de esta forma, se termina la fiesta ruidosa y feliz en la que han participado todos, hombres, mujeres, niños, ancianos, los animales del bosque y, como no, las flores.

Pero... ¿qué sucede?, ¿dónde estoy?, me pregunto al verme en una cama mullida y suave, al ver mi cuerpo cubierto de algo fino y sedoso, al descubrir fuera de aquella habitación un gran salón con sus sillones y adornos y sus gruesas cortinas que impedían la entrada del sol. Allí estaba mi padre con el ceño fruncido al lado de mi madre muy bien pintada a pesar de que era una temprana hora de la mañana, mis hermanos se peleaban ante la indiferencia de mis padres. Miré hacia la terraza y vi un pequeño pájaro enjaulado y en el centro de la mesa un ramillete de flores de plástico.

No sabía, no entendía lo que ocurría, sabía donde estaba, conocía a mi familia, mi casa, pero me daba la impresión de ser de otro sitio, de otro tiempo. Me dirigí al baño y allí, después de una ducha de agua fría, comprendí al fin lo que había sucedido.

Yo vivía en la misma isla que en mi sueño, sólo que cinco siglos después. En el sueño, la isla era bellísima con sus flores, animales e incluso las gentes con sus costumbres y leyendas eran como un adorno más lleno de belleza y felicidad.

Ahora, en el siglo XX, esta isla estaba edificada, su aire estaba contaminado y sus gentes llamadas civilizadas se peleaban, mataban y destruían. Esto me entristeció y yo, que hasta ahora había vivido feliz, con mis estudios en el Instituto, algún amor escondido en los hoteluchos de mala muerte y mis clases de ballet. Que compartía mi vida con el salón de belleza de mi madre, las peleas de mis hermanos y los edificios de mi padre. Comencé a echar de menos los árboles, los animales, las cuevas, las fiestas, las endechas, los amores felices y sinceros de los isleños. Y todo lo que representaba la felicidad auténtica y verdadera.

ESTHER GUTIERREZ H.

## "ESE QUE ME PERSIGUE"

**E**stoy harta de estar en el centro de este horno que cada vez se me hace más difícil soportar. Creo explotar en un minuto, en cualquier momento, pero sigo aguantando y esperando porque me dicen que la esperanza es lo último que se pierde.

Espero con ansiedad el día en que el carbón de éste se agote porque entonces me sumergiré en un sueño placentero que me devolverá la paz perdida, así como la seguridad en mí misma.

Pero cuándo se agotará dicha energía? Mañana, dentro de un mes, un año? Ojalá sea ahora mismo, ya; pero no, el horno sigue con lumbre; ni la más fuerte ráfaga de viento lo vencerá.

Me siento acosada en esta jaula oscura, espiada como si fuera una vulgar ratera. Cuándo llegará la luz a ella? Cuándo podré de nuevo elevar la cabeza hacia el cielo y verlo lleno de pequeñas estrellas llenas de vida? Cuándo?.

No hay respuesta. Los pocos que me rodean permanecen callados y con la mirada baja; no son capaces de mirarme frente a frente.

Estaré loca? No, no lo creo. Pues los que están locos son los que verdaderamente viven y yo me estoy consumiendo poco a poco por este fuego que a cada momento parece revivir más y más. Me quemaba, me acosa.

¡Ah, mísero! Cuándo terminará tu tortura, dime, ave de rapiña, cuándo?

Auri Santana Acosta